

EL PADRE NUESTRO COMO PLEGARIA DE ADVIENTO Y DE NAVIDAD

Desde los antiguos Padres de la Iglesia hasta los más modernos autores espirituales el Padre nuestro ha sido considerado como la oración que contiene y cristaliza todo cuanto el cristiano puede y debe pedir a Dios en la plegaria. El Padre nuestro es la oración culminante de los fieles, la oración por excelencia de los bautizados; no en vano, por ello, era entregado solemne y expresivamente a los catecúmenos poco antes de la celebración del bautismo.

Pero el Padre nuestro tiene matices y matices, peticiones y peticiones. Por ello, bajo algún aspecto concreto, puede ser considerado como plegaria especialmente apropiada y manifestativa de la piedad de Adviento y Navidad.

Adviento y Navidad son respectivamente tiempo de la expectación y de la inauguración del *reino del Mesías*, deseado con anhelo y presente ya en la Iglesia y, a través de ella, entre los hombres. Adviento es el tiempo de la *esperanza*, en el sentido más bíblico de la palabra —que se distingue de la simple confianza porque no confiamos obtener *algo*, sino que esperamos a *alguien*—; el de Navidad, tiempo de la *parusía o epifanía* de Cristo que ha inaugurado ya su reino. Las súplicas pidiendo la venida del Mesías (cf. v. gr. las antífonas de la O) y los salmos que cantan el reino de Dios ya presente (cf. v. gr. los salmos responsoriales de la octava de Navidad que no aluden, como habitualmente, a la lectura que precede sino al reino de Dios ya presente) son insistentes y repetitivos en Adviento y Navidad respectivamente.

Es en este sentido que quisiéramos subrayar la segunda petición del Padre nuestro como especialmente propia de los días de Adviento y Navidad. El deseo de la venida de Cristo, Mesías o rey, y la vivencia de que ya está entre nosotros son ciertamente una de las constantes de la vida cristiana y por ello presentes en todos los tiempos litúrgicos. Siempre en la Iglesia es Adviento o espera del Señor y siempre la Iglesia vive consciente de que el Señor está en medio de ella; por ello en todos los tiempos no cesa de pedir *Ven, Señor Jesús, Bendito el que viene*.

Pero los ciclos de Adviento y Navidad recalcan con mayor fuerza el clásico *ya ahora-todavía no*. Para revitalizar el *todavía no* en los días de Adviento se hace insistente la súplica por la llegada del reino del Mesías y porque *ya ahora* en los días de Navidad resuena con mayor insistencia *el Señor reina* en las celebraciones cristianas. Suplicar, pues, en los días de estos ciclos, con una conciencia renovada, la segunda petición del Padre nuestro puede revitalizar una fórmula que, por habitual, podría incluso resultar menos evocativa en la práctica.

Pero para vivir con toda la fuerza de su significado el contenido de la segunda petición del Padre nuestro conviene advertir que no siempre la petición se comprende en su más pleno significado; las mismas versiones oficiales –castellana y catalana– presentan la segunda petición de la plegaria del Señor con un notable empobrecimiento (la gallega, en cambio, ha sido más fiel al significado de la petición). En efecto, si recurrimos tanto el texto original griego como a la versión latina de la Vulgata (y Neovulgata) al pedir la venida del reino de Dios la refieren, no a *nosotros* únicamente sino al reino de Dios sin fronteras, es decir, a la venida universal y escatológica del reino de Dios: “ἐλθετω ἡ βασιλεία σου” (original griego); *Adveniat regnum tuum* (Vulgata latina). Lo mismo encontramos en la mayoría de versiones: *Veña o teu reino* (gallego); *Que ton regne vienne* (francés); *Venga il tuo regno* (italiano); *Thy kingdom come* (inglés); *Dein Reich komme* (alemán).

Con esta Editorial no pretendemos en manera alguna inducir a que, por iniciativa privada, se introduzca una versión nueva y distinta –aunque fuera sólo en un inciso– ni a que se corrija el texto litúrgico legítimamente en uso. Sólo los responsables –en este caso la Conferencia Episcopal– pueden introducir variantes en los textos litúrgicos. Pero lo que sí

deseamos es que al pedir la venida del reino de Dios se tenga presente el horizonte universal —cósmico incluso— al que quiso referirse el Señor. Aunque la materialidad de nuestras versiones no expresen con toda claridad la riqueza de esta petición, una mejor comprensión interior de la fórmula podrá suplir lo que la literalidad de nuestro texto no acaba de expresar suficientemente. De la misma manera que cuando la liturgia se celebraba en latín los fieles recurrían a versiones para conocer el significado de los textos que entonces se recitaban en una lengua extraña, así ahora una mejor comprensión del significado original puede ayudar a vivir mejor el contenido de lo que las palabras no llegan a expresar plenamente en nuestras lenguas.

Lo que la Iglesia pide en Adviento, lo que se celebra en Navidad, lo que debemos desear y pedir intensamente es que el reino de Dios venga, y no únicamente a nosotros. Que el reino deseado por Israel y por la Iglesia, e inaugurado con la presencia de Cristo entre nosotros, invada el mundo, el universo, el cielo y la tierra; que venga y nazca aquel cielo nuevo y aquella tierra nueva sin límites, sin fronteras. Aunque nosotros, con las palabras limitadas de nuestra versión digamos “Venga *a nosotros* tu reino”, nuestra petición va mucho más allá de nosotros. Lo que dice el Nuevo Testamento y la mayoría de versiones, lo que pedimos en Adviento y celebramos en Navidad no se limita a nosotros; nuestra petición es que el reino de Dios sobrepase todo límite y toda frontera. Es esto lo que nos enseñó el Señor y lo que pedían ya los fieles según la plegaria de la Didajé: “Que pase este mundo —es decir nuestro mundo aún lleno de limitaciones y sufrimientos— y venga tu reino” —es decir aquel reino de plenitud cuyas germen se nos ha dado en Navidad pero cuya pena manifestación no llegará hasta la venida gloriosa del Mesías.— **P.F.**